

masas están contra nosotros, el espíritu del tiempo está contra nosotros,, (1). En 1861 se reunió en Berlín una conferencia de pastores, á la que fué llamado Stahl para pronunciar el discurso de apertura; tomó por asunto la situación actual del mundo y el estado de la Iglesia. Según el orador ortodoxo, ¿cuál es el carácter que distingue la humanidad moderna? Dice y repite que es el abandono de la fe, la negación de la verdad sobrenatural, la guerra contra los mandamientos de Dios (2). Hay seguramente heroísmo en luchar contra el espíritu del tiempo; pero también hay una incurable ceguera. Esos navegantes contra la corriente creen que los pueblos van á volver á los altares que han abandonado, porque está escrito que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia: tanto valdría hacer refluir un río hacia su origen.

Un pastor protestante que pertenece á la escuela avanzada escribió hace diez años la historia de la teología moderna; el autor creía que la reacción ortodoxa tenía un grande porvenir; y, en efecto, todos los poderes establecidos la favorecían. Pasan ocho años, y la segunda edición hace constar la irremediable decadencia de la ortodoxia (3). Y no es que haya perdido su influencia oficial; en apariencia continúa siendo dueña del campo; pero se parece á los sepulcros blanqueados de que habla la Escritura; en lugar de elementos de vida, encierra huesos de muertos. ¿Por qué admirarse de que los hombres se retiren de ese cadáver palpitante? Los reaccionarios buscaban sus inspiraciones en lo pasado, lo cual equivale á buscar la vida en los sepulcros. Sin duda alguna, el porvenir procede del presente, y el presente tiene sus raíces en lo pasado; pero también hay una transformación incesante, que se verifica renovando las creencias y las instituciones, no inmovilizándolas. Ese nuevo principio, ese fermento que engendra la vida, ¿dónde se encuentra? Absurdo sería pedirlo á confesiones formuladas hace tres ó cuatro siglos. Si la conciencia humana hubiese encontrado su satisfacción en aquellos formularios, no les hubiese abandonado. Si se quiere devolver la vida á la religión, hay que inspirarse en las necesida-

(1) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuesten Theologie*, p. 508.

(2) STAHL, *Ansprache zur Eröffnung der Berliner Pastoral-Conferenz*, p. 4 y 6.

(3) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuesten Theologie*, páginas 502, 505.

des, en las ideas y en los sentimientos de la humanidad moderna.

Esta simple reflexión condena de una manera absoluta las vanas tentativas de restauración religiosa y política. Se comprende en su caso la restauración política; la fuerza puede imponer el despotismo á un pueblo libre, y eso durará más ó menos tiempo, según la energía de la nación á quien se quiera esclavizar. Pero ¿se concibe el que se fuerce á hombres á que crean lo que su conciencia y su razón se niegan á creer? Se puede mandar la ortodoxia á una facultad universitaria; se pueden hacer pastores ortodoxos haciendo de la ortodoxia un oficio de pane lucrando ó un medio de favor. Pero no hay poder humano que sea capaz de resucitar creencias muertas. En los países católicos, la Iglesia ejerce esa influencia funesta sobre tiernas inteligencias, á las que vicia y ciega; y á pesar de ello, la sociedad se les va entre las manos. En los países donde domina la Reforma ya no tiene el clero ese imperio sobre las almas: ¡felizmente para las naciones protestantes! En Alemania no es la teología la que influye sobre los ánimos, es la literatura. Un escritor alemán observa que los verdaderos santos de la nación son los grandes genios, cuyos escritos andan en manos de todo el mundo, jóvenes y viejos: Lessing y Herder, Schiller y Goethe, Wieland y Heine, tales son los apóstoles de la Alemania moderna, y todos esos ilustres escritores están fuera ó por cima de las diversas Iglesias; todos dicen con Schiller que ni son católicos ni protestantes por lo mismo que son religiosos (1). ¿Qué puede hacer la reacción ortodoxa en el seno de un pueblo que se alimenta con esas ideas? Es una nube parda que apenas ha oscurecido el sol un instante cuando se disipa y se desvanece.

§ IV. — Apreciación.

I

¿Es la reacción religiosa un verdadero renacimiento de la religión católica? ¿Es debida al carácter divino de la Iglesia? Después de lo que acabamos de decir, la cuestión ni siquiera puede plan-

(1) GERVINUS, citado por RUGB, *Sämmtliche Werke*, t. IX, página 855.

tearse en esos términos. Si el catolicismo fuese la verdad revelada por Dios, no se concebiría que tuviese necesidad de una regeneración. Los hombres son ávidos de la verdad; y si hubiese entrado en los designios de la Providencia el habérsela revelado directamente, ¿se concebiría que la humanidad desertase de la verdad para abismarse en las tinieblas del error á medida que se ilustra? Expliquen-nos los apologistas del cristianismo tradicional cómo y por qué los pueblos modernos tienen semejante pasión al error y tal horror á la luz. Hé aquí otra contradicción que arguye otra imposibilidad. Las clases en las que la religión oficial encuentra más firme apoyo son aquellas en que más reina la ignorancia: el catolicismo ha venido casi á ser la religión de los campos, de igual modo que al declinar el gentilismo, sólo entre los campesinos encontraba ya prosélitos. ¿Sería que la verdad divina estuviese obligada á refugiarse entre los hombres sin ilustración y sin cultura? ¡La verdad divina sería entonces patrimonio casi exclusivo de una credulidad ignara y de una crasa superstición! Y para mantener las poblaciones en la fe revelada por Dios, ¿será necesario encadenar su inteligencia, ó habrá necesidad de que la Iglesia se apodere de los niños al nacer, y que altere en ellos el órgano del pensamiento libre? ¿Sería preciso cegar á los hombres para que la luz divina los iluminase más y mejor? (a).

Pongamos la realidad de las cosas al lado de esas extrañas ilusiones. Lamennais ha representado un gran papel en la reacción católica; se puede decir que es él el que inauguró el ultramontanismo en Francia. En 1832 se hallaba en Roma procurando convencer á los príncipes de la Iglesia de la necesidad de aliar la religión y la libertad, y sabido es el recibimiento que le hicieron las momias romanas. Pero lo que nos interesa aquí es saber la impresión que produjo en Lamennais la Ciudad Eterna, donde tiene su trono el vicario de Dios. Oigamos lo que dice en una carta de fecha 1.º de Noviembre de 1832: "El catolicismo era mi vida, porque es la de la humanidad; quería defenderle, quería sacarle del abismo en que se iba hundiendo

(a) Nos parece poco fuerte el argumento, y fuera de él, las consecuencias que saca el autor, el cual se coloca en mal terreno para defender una tesis que hasta cierto punto es evidente y que no necesita defenderse con argumentos volterianos. Edgar Quinet se coloca en terreno más seguro y más sano y más inexpugnable.—(N. del T.)

día por día; nada era más fácil. Pues los obispos han descubierto que esto no les convenía. Quedaba Roma, y he venido á Roma, donde he visto *la más infame cloaca con que han podido nunca mancharse las miradas humanas. La gigantesca alberca de los Tarquinos: sería estrecha para dar paso á tantas inmundicias. Allí no hay más Dios que el interés, y se venderían pueblos, se vendería el género humano, se venderían las tres personas de la Santísima Trinidad, una después de otra ó todas juntas, por un rincón de tierra ó por algunas piastras.* He visto eso y he dicho para mí: el mal es más grande que el poder del hombre, y he apartado la vista con asco y con horror,, (1).

¡Qué revelación! Los reaccionarios cantan el triunfo del catolicismo, y hé ahí un sacerdote de verdadero genio que visita la ciudad de los apóstoles y retrocede espantado á la vista del abismo que se abre á sus pies, abismo de vil corrupción y de repugnante decrepitud. ¡Y se quiere que de semejante cloaca infame salga la regeneración del mundo! Lamennais dice que sería necesario un milagro para salvar al catolicismo. Atrevámonos á decir que Dios mismo no podría hacer brotar la vida donde no hay más que semilla de muerte. El catolicismo ha llegado al punto en que estaba la religión pagana al fin de la antigüedad; es un cuerpo del que se ha retirado la vida, y no hay poder, ni humano ni divino, que pueda devolvérsela. Esto sólo sería posible si la religión del pasado consintiese en transformarse; pero el catolicismo es irreformable, por lo mismo que pretende estar en posesión de la verdad absoluta. La verdad absoluta es un fundamento incontestable, en tanto que los hombres creen en él; pero desde el momento que dejan de creer, el edificio se desmorona.

Dejemos allá á la Ciudad Eterna, y veamos lo que pasa ante nuestra vista. Se decanta la religión católica y se pretende que el cristianismo tradicional triunfa por todas partes. Comprenderíamos esos gritos de triunfo si la reacción hubiese producido esa regeneración en las almas que forma el signo de un movimiento verdaderamente religioso. Pero dirijamos la vista á nuestro alrededor é indagemos dónde está la nueva vida engendrada por el catolicismo. Todo lo que vemos es una recrudescencia de ceremonias y de prácticas supersti-

(1) LAMENNAIS, *Correspondencia*, t. II, p. 247.

ciosas en las clases inferiores; y cuando hablamos de clases inferiores, hay que recordar la frase de Vauvenargues, que muchos hombres de guante blanco pertenecen á la hez del pueblo. Se dirá que nuestra opinión es sospechosa, y que no tenemos cualidad alguna para censurar lo que la Iglesia tolera. Citaremos, por tanto, las palabras de un filósofo, cristiano sincero, cuya fe no puede ser sospechosa á nadie: Bordas-Demoulin nos dirá adónde ha conducido la reacción católica: "Los apóstoles de la superstición deben estar orgullosos de su éxito, puesto que se reanima, crece á ojos vistos y envuelve ya á la religión, y las estatuas y las figuras rodeados de cirios, y las frecuentes procesiones, y las abusivas indulgencias, y la grosera idolatría de los sagrados corazones, y otras veinte prácticas estúpidas, en una palabra, todos los apoyos de la credulidad se levantan, se multiplican y amenazan agrandar todavía el círculo que la superstición ocupaba antes de la Revolución. Todavía hay esta diferencia, que aquella no vivía entonces más que de un resto de vida que no le había podido arrancar la discreta piedad del siglo XVII, la cual se esforzaba en purificar á la Iglesia para rechazar los cargos del protestantismo, resto de vida que le disputaba con escarnizamiento el siglo XVIII, mientras que hoy día la superstición está fomentada amorosamente como una planta preciosa y propagada bajo el estandarte de la Virgen, que insensiblemente va echando á un lado á Jesucristo, y va siendo la divinidad de la Francia, como lo es ya de España y de Italia," (1).

Este último rasgo es capital; ya volveremos á él para tratarle á nuestro gusto. Por el momento, hacemos constar, con el testimonio de un escritor católico, que la reacción no se detiene en la superstición, sino que va hasta la idolatría. Y que no se grite que esto es exageración, porque en un libro que sirve de manual de piedad para formar los ministros de la Iglesia, se lee lo siguiente: "Se honrará á la Virgen en cualidad de esposa del Padre Eterno, que ha engendrado en ella y con ella á nuestro Señor Jesucristo; es preciso honrar en ella todas las perfecciones divinas y adorables que el Dios Padre ha hecho pasar á su persona, comunicándola con una abundancia extraordinaria su fecundidad, su sabiduría, su santidad y la plenitud

(1) BORDAS-DEMOULIN, *Misceláneas filósofo-religiosas*, p. 866.

de su vida divina," (1). Es preciso ser testigo de estas extravagancias, exclamaba Bordas-Demoulin, para creer en ellas. Se comienza por inocular la superstición en los jóvenes clérigos; y cuando están ya bien ciegos, bien cretinados, reciben la misión de enseñar á los fieles los errores más groseros á título de verdades reveladas. No hay, pues, que admirarse si las prácticas supersticiosas pululan como la mala hierba. Pero tampoco hay que admirarse si un siglo de examen que todo lo pesa en la balanza de la razón rechaza el cristianismo, que se le presenta con esas manchas.

Estos hechos bastarían para condenar la reacción religiosa. Y que no se diga que la Iglesia es inocente de las supersticiones que degradan el alma y que oscurecen la inteligencia. ¿Quién prepara á los clérigos jóvenes para esa idolatría de la Virgen? Los obispos. ¿Quién enseña las falsas reliquias? Los obispos. ¿Quién forja los milagros? Si los obispos no los forjan, los esparcen, dándoles el apoyo de su autoridad. Y el episcopado no es el único ni el mayor culpable. ¿Se puede acusar al clero inferior de que fomente la superstición para convertirla en medio de influencia y de mando, cuando el jefe de la cristiandad, el que se atreve á llamarse vicario de Dios, impone á las conciencias un nuevo dogma que no es más que una nueva superstición? Aquí se nos detiene y se nos dice que lo que llamamos creencias supersticiosas son verdades para los fieles y que ejercen sobre ellos una benéfica influencia. Beneficios pagados á buen precio serían estos, puesto que se les recibe á costa del embrutecimiento intelectual. No, no es el error bajo su forma más peligrosa y más innoble el que ha de regenerar el mundo, es la verdad. Si así no fuera, sería preciso volver á las prácticas del paganismo, porque el culto de los falsos dioses también ejerció influjo moralizador, y falsas por falsas, preferiríamos las divinidades del Olimpo á las reliquias y á los milagros, y nos agradarían más las halagüeñas ficciones de la Grecia que la Inmaculada Concepción.

Estas absurdas creencias son todavía lo menos vituperable en la reacción que estamos presenciando; entran por lo menos en el dominio de la fe; y si hay cálculo por parte de aquellos que practican

(1) *Manual de piedad para el uso de los seminarios*, séptima edición (París, 1835), p. 181.

los piadosos fraudes, en cambio aquellos otros cuya crédula simplicidad se explota son sinceros y desinteresados. Pero ¿qué decir de la religión de las clases superiores? Por de pronto hay devotos perfumados "para los que los ejercicios de la piedad sirven de intermedios á los placeres mundanos, y que al salir de los brazos de sus queridas, van á embriagarse con el perfume del incienso y á exhalar tiernos suspiros á la vista de las catedrales góticas," (1). Que no se diga, pues, que la Iglesia es inculpable de ese envilecimiento de la religión; ella da su mano y procura atraer á los hombres con mil seducciones. Todo es espectáculo en los lugares santos, decoraciones, iluminaciones, música; el clero se asocia á gentes que hace poco tiempo excomulgaba: tal tenor que canta en el teatro para divertir á los libertinos, entona motetes á la Virgen frecuentemente para entretener á los mismos oyentes (2).

No son solamente los librepensadores los que critican ese aparato de religión; los verdaderos creyentes son los primeros á lamentarlo y á afligirse; en *El Correspondiente* se lee: "¡Cuántos hombres se congratulan á la vista de las bellezas de la fe cristiana que al primer discurso un poco serio sobre el fondo mismo de la verdad evangélica se retirarán diciendo: ¡Qué palabras tan duras!" (3). Pues bien, los románticos de la reacción religiosa todavía valen mil veces más que los políticos y los calculadores. Es necesario una religión para las clases inferiores: tal es la primera palabra de nuestros sabios; bien entendido que ellos, los ricos, los dichosos del mundo, pueden pasarse sin ella. Yo no sé qué Inglés compara esos celosos cristianos á un alderman gordo y rollizo que, bien harto de pitorras y de perdices, lleve á los labios una sopa económica, haciendo el ademán de encontrarla muy buena y declarando que es un excelente alimento para los pobres (4).

(1) LARROQUE, *Examen crítico de las doctrinas de la religión cristiana*, t. I, p. 12 y sig.—M. DE SACY dice lo mismo: "¿Os agrada el estilo gótico de nuestras catedrales? Sus vidrios de colores, su luz opaca, sus frías losas, su aire húmedo, las inmóviles figuras de los santos en sus hornacinas, ¿transmiten á vuestras almas una vaga sensación de recogimiento y de respeto? Pues no es necesario más; sois buenos católicos: ¡id en paz!" *Variedades literarias*, t. II, p. 7).

(2) LARROQUE, *Examen crítico de las doctrinas de la religión cristiana*, Introducción, p. 8.

(3) "Durus est hic sermo." *El Correspondiente*, t. I, p. 18 y siguientes.

(4) F. DE CHAMPAGNY, *De la religión católica en Francia* (*El Correspondiente*, t. I, p. 18 y siguientes).

La política da su mano al cálculo, y de esa unión nace el vicio más extendido y más vergonzoso de nuestro tiempo, la hipocresía religiosa. Sois libres para emanciparos del yugo de las creencias oficiales, pero á condición de que en apariencia estéis sometidos á ellas; es preciso continuar en la sociedad si queréis que la sociedad os trate como uno de sus miembros; de lo contrario, no haría mal excluyéndoos de sus favores. Proceder con arreglo á sus convicciones... ¡qué mal gusto! ¡qué torpeza! ¡qué inconveniencia! Tales gentes son locos, ó por lo menos monomaniacos; pretenden los infelices que no se puede ser honrado siendo astuto, y que la verdad, la franqueza y la sinceridad son nuestro primer deber; no los escuchéis; nada es más fácil ni más provechoso que la hipocresía. Hay que tener dos lenguajes: uno para la vida privada, con plena libertad para llegar hasta la licencia y hasta el cinismo; el otro para la vida pública, con muchas protestas de respeto á la religión (1). ¿No hay motivo para morir de pena al ver á la incredulidad puesta la máscara de religión para engañar al mundo y lograr su provecho?

Las pruebas abundan en apoyo de esta acta de acusación. ¡Cómo no había de ser la hipocresía fruto de la reacción católica! Son el interés y el miedo los que han llenado las iglesias después del 48; ¡singulares vías para volver á una religión de sacrificio y de abnegación! (2). El cálculo en materias de fe no puede engendrar más que hipocresía. Ese es el triunfo que se decanta; una creencia sin sinceridad es un horrible sacrilegio, y los hombres para quienes la religión es cosa santa se duele de ello como de la mayor de las desgracias. Oigamos la palabra grave de Vinet: "El mal actual del cristianismo no es el de que la incredulidad se manifieste, sino el de que la incredulidad se oculte. El mal del cristianismo y de la Iglesia es que la hipocresía reciba una sanción de una multitud de buenas gentes según el mundo, que, incrédulas ó indiferentes en su corazón, reanudan actos que no deberían pertenecer más que á la piedad y á la devoción, actos sobre cuyo valor nadie se engaña, pero que, tolerados ó admitidos en uso, entran en las costumbres y llevan á todas las esferas

(1) LARROQUE, *Renovación religiosa*, p. 21.—*Examen crítico*, tomo I, p. 9.

(2) DE SACY, *Variedades literarias*, t. II, p. 83.